

MISCELANEA

JOSE MARIA AGUIRRE Y GONZALO

El 7 de abril de 1988 murió, a los noventa años, silenciosa y rápidamente como salió —y está bien expresado—, en la noticia de prensa por la que lo supe, José María Aguirre y Gonzalo.

Fue profesor de organización de empresas en aquel centro de enseñanza, tan notable, que se llamó Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. A su íntima amistad con mi padre, se añadió el afecto que, hasta el final, me tuvo; y yo también.

Los pocos artículos que he leído con motivo de su óbito, insisten en dos de sus labores. Como constructor, pues fue uno de los más grandes de este siglo. Dio así trabajo a un número elevadísimo de personas y ello, más las obras que se le deben, sin necesidad de hacer política lo que nunca le interesó, contribuyó a nuestro progreso acercándose a Europa y no sólo en lo material, sino en lo social: lo que él, por cierto, bien sabía. Y como financiero, actividad que conozco menos pero en la que actuó con poderosa inteligencia y proverbial honradez.

Es posible que algo se haya escrito sobre su labor como pedagogo. Diré aquí sólo que de la enseñanza que recibí en la Escuela me interesaban sobre todo las asignaturas que podrían llamarse humanísticas y que eran, por lo menos tres, incluyendo la suya: me gusta pensar que me contó entre sus buenos alumnos.

Pero creo que, en este Boletín, interesa más lo que conozco sobre el amor a la cultura y, muy especialmente a la cultura vasca, de este donostiarra ilustre.

Yo era socio de la Bascongada desde 1970. Mi padre ingresó antes y, probablemente también don José María.

Por mi parte había comenzado mi dedicación, entonces sólo parcial, a los estudios históricos. Y el primer trabajo que publiqué sobre estos temas trataba de un personaje vasco, entonces poco conocido, Don Pedro Bernardino Villarreal de Bériz, nacido el año 1670 en Mondragón y muerto en Lequeitio el año 1740. Hombre de múltiples actividades, proyectó y cons-

truyó azudes de especiales características, que se conservan en perfecto estado, tanto que uno ahora sirve para alimentar a una central eléctrica, molinos y herrerías. También se dedicó a exportar —hierros— y a importar. Regidor de Lequeitio, representó al País ante la Corona cuando ello fue necesario; lo que no le impidió instruir desinteresadamente a sus vecinos que querían ser pilotos. Como puede verse, su vida tiene cosas en común con la de Aguirre.

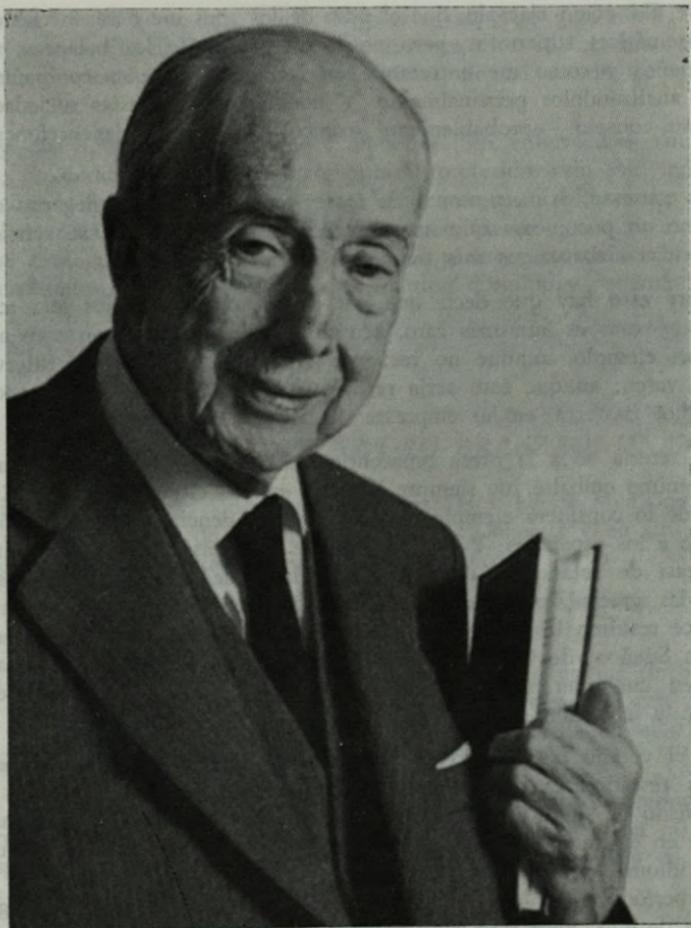
Escribió en 1736 un libro titulado «Máquinas hidráulicas de molinos y herrerías y gobierno de los árboles y bosques de Vizcaya», del que sólo existían muy pocos ejemplares. Se me ocurrió que valdría la pena reeditarlo en facsímile, pero no tenía dinero y, entonces, pensé en él. Me citó en el Banco Español de Crédito, a donde acudí acompañado por el Amigo Alberto Oyarzábal, ingeniero de minas, también de la Delegación en Corte, persona ilustrada y amable.

La entrevista fue curiosa. Empecé a hablarle sobre Villarreal, pero me interrumpió casi inmediatamente. «me figuro que lo que quiere Vd. es publicar el libro y que yo lo pague: muy bien, pues hecho y pásame la factura. Ya lo leeré, como he hecho con su artículo. Y hablemos de otras cosas». La charla que siguió fue muy amena y nunca le faltó el buen humor; siento no recordar más que algo de ella. Donde, según él, debía haberse construido el nuevo gran puerto de Bilbao. Como le habían ofrecido más de una vez ser ministro y él había rehusado. Y, sabiendo que yo tenía cierta relación con una galería de arte, quiso tasara un cuadrito abstracto, que acababan de regalarle; me equivoqué gravemente, lo que pareció divertirle bastante.

Es característico en casi todas las pocas personas dedicadas a actividades parecidas a las suyas y realmente importantes que he conocido, el no tener prisa. La razón es sencilla; llegaron a serlo por saber elegir y delegar. Llevábamos, pues, más de una hora hablando, pero él parecía dispuesto a dedicarnos toda la mañana; pero la entrevista se interrumpió al aparecer su secretaria, que le enseñó discretamente una tarjeta.

El libro apareció en 1973, y obtuvo un premio al mejor editado en el País aquel año. Fueron responsables la Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, de nuestra Bascongada, y la Caja de Ahorros de San Sebastián. Así que, en gran parte gracias a Aguirre y a mí, este vasco notable es conocido aquí y en el extranjero citándosele, así como a sus obras, en bastantes libros y monografías.

Para no alargarme demasiado, paso a referirme a algo ocurrido hace pocos años. El Hogar Vasco de Madrid organizó, entonces, una serie de comidas, a las que seguían conferencias sobre la economía vasca. No es



éste la clase de acto al que uno siente un deseo immoderado de asistir. Pero, en una de ellas, el orador era Aguirre y allí estuve.

Sus conclusiones fueron muy optimistas para el futuro desarrollo industrial del País Vasco. Vi, confirmado por un experto, lo que sólo era uno de mis tantos deseos irrazonados, escritos en años oscuros: pues lo mismo puse yo en el final de mi prólogo al citado libro de Villarreal.

En el coloquio que siguió, interviene recordando lo que aprendí en

su clase. Dí, como ejemplo, que el paso de los años me había hecho olvidar las matemáticas superiores, pero no la estructura de los balances, que él me enseñó; y como me entretenía, en las muy pequeñas compañías que fundé, analizándolos personalmente. Y también que en estas sociedades no seguí su consejo —probablemente irónico— de nunca dar acciones a la familia.

Me contestó, primero, con unas frases tan amables, que llegaron a emocionarme un poco, cosa que no suele ocurrirme. Y después se refirió, con inmerecidas alabanzas, a mis trabajos históricos.

Sobre esto hay que decir que era de los pocos que los leía todos y además, y esto es aún más raro, acusaba recibo, a veces con comentarios. Daré un ejemplo, aunque no recuerdo ahora que en la obra interviniera ningún vasco; aunque esto sería raro, pues siempre se les suele encontrar, como dice Basterra, en las empresas de hacer y edificar.

Me refería yo a la presa renacentista de Ontígola, cercana a Aranjuez, cuyo mínimo embalse fue siempre llamado «mar»; cité sobre esto a Richard Ford que lo considera ejemplo de una cierta tendencia a la exageración que atribuye a los españoles. Y también que se llamó así a uno de los que, sin pasar casi de estanques, dan agua al Palacio de la Granja. Me escribó dando las gracias, pero además, añadiendo otro ejemplo y, de tal clase que hace resulten los míos, en cierto modo, algo pedantescos. Pues en «La Vida es Sueño», de Calderón, uno de los grandes dramas en castellano, y quizá en cualquier idioma, Segismundo es arrojado al mar desde una ventana: y la acción ocurre ¡en Varsovia!

En el verano del pasado año, me invitó a comer en uno de los más famosos restaurantes donostiarras; solía hacerlo allí, casi todos los días, acompañado de algún familiar. Noté entonces que hablaba con las camareras siempre en euskera. Le acompañé luego hasta su Hotel, paseando, y usó el mismo idioma, primero en una librería, después, simplemente, para comprar el periódico. No le había visto nunca hacerlo, ni me atreví a preguntar la razón de ello. Pero ésta sólo podía ser el deseo de volver a la juventud en su caso creo que nunca perdida. O el resarcirse de una época en la que, en las personas de su *status* social ello no estaba, digamos, bien visto.

Y ahora, como final, casi la última vez que nos encontramos, pocos meses después. Fui a pedirle formara parte del comité ejecutivo de una fundación cultural. Por cierto, con algún temor de que no aceptara, prueba de mi mal juicio, pues lo hizo con entusiasmo; se quedó, además, con un ejemplar de los estatutos en borrador y, antes de tres días, me había indicado unos pocos artículos dudosos: tenía razón como, en mi experiencia, siempre, y fueron modificados. Pero quiero terminar con el único inconve-

niente que entonces me hizo notar. Dijo así: «supongo que habrá Vd. tenido en cuenta, García-Diego, que tengo noventa años. Mi cerebro funciona como cuando tenía cuarenta pero, lógicamente, llegará un día en que me quede chocho...».

Hoy casi todos deseamos acabar como él. Sin enfermedad, sin sufrimiento, sin decadencia. Pero Aguirre hubiera preferido todo esto teniendo, en cambio, algo más de tiempo para el pensamiento y para la acción. Por ello la alabanza final que le corresponde no debe, a mi entender, referirse a ninguno de sus triunfos en tantas y diferentes cosas. Sino, con frase muy barojiana, decir sólo que fue un tipo decidido y valiente.

José A. García-Diego

LA CASA NATAL DE TELESFORO ARANZADI UNAMUNO

Tanto en Barcelona, donde cursé los años III y IV de Medicina, como luego en las reuniones de Eusko Ikaskuntza en Donostia y en sus estadas veraniegas en Bilbao, traté bastante a don Telesforo.

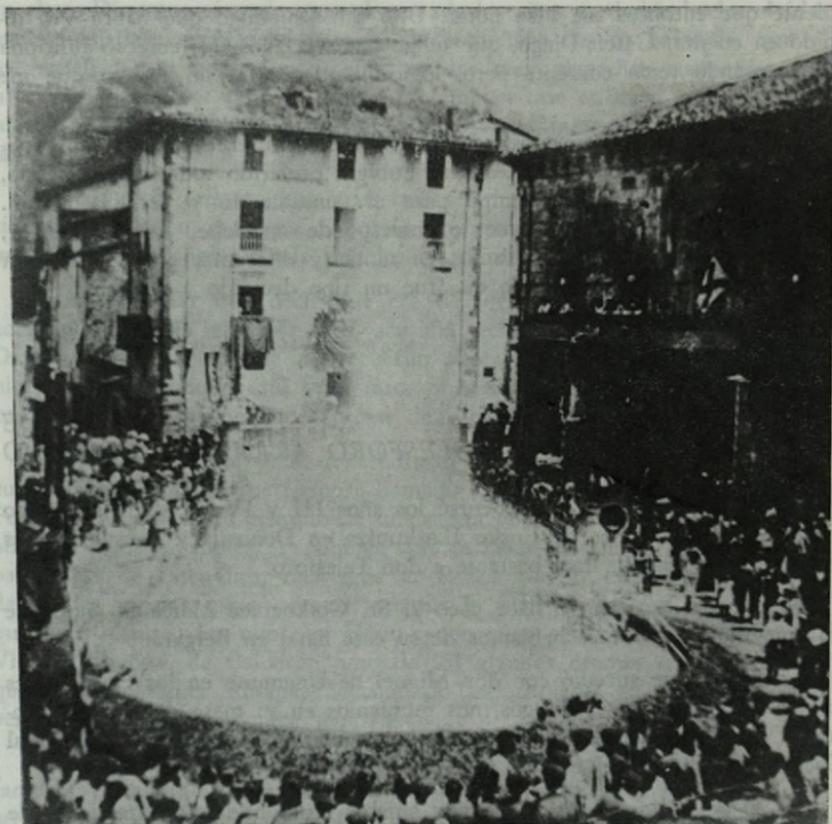
Pero como escribía yo hace poco al Sr. Goikoetxea Marcaida, autor de su gran biografía, nunca hablamos de su casa natal en Bergara.

Lo mismo me sucedió con don Miguel de Unamuno en los cinco meses en los que, salvo los domingos, nos reuníamos en su mesa del café La Rotonde del barrio Montparnase de París, cuando yo asistía en el Hospital Cochin a la clínica del famoso profesor Widal.

El 20 de junio del 87 en la muy amable reunión del Ayuntamiento de Bergara, que tanto agradecí y nunca olvidaré, hice alusión a esa falta mía. Yo suponía que sería una casa grande, ya no existente, aquella de la que ambos procedían, tanto directa como indirectamente.

Pero por «la más sutil ironía» como escribía en DEIA, la fina periodista Nerea Azurmendi, se me ocurrió que estaría enclavada en el lugar que ahora ocupaba la Plaza del Mercado de San Martín Enparantza, pues es la única a la que llama *fea* (cuando habría bastantes más feas), en un artículo sobre «La fiesta de San Marcial en Vergara».

Pocas semanas después nos agasajó, a mi hermano Elías y a mí, el ex-alcalde último Sr. Imanol Bolinaga y al tratar del caso, nos mostró la fotografía de la casona a cuya derecha aparecía la parte izquierda del Ayuntamiento de la ilustre villa de Bergara, que ahora, por la amabilidad del actual alcalde Sr. José Luis Elcoro Unamuno, tenemos la gran satisfacción de acompañar.



Yo tenía oído que don Telesforo nació en la calle Arruriaga en su parte más alta, cerca de las casas de Azkona y Oyarbide, pero como su padre era confitero, no aceptaba la idea para una instalación tan extrema y poco comercial.

Creo así haber pagado esta deuda que con mi cara villa natal tenía contraída, lo que satisfará mucho al ilustre biógrafo Goikoetxea Markaida.

Como prueba de que yo conocía bien el carácter mordaz y agresivo de don Miguel, contaré un sucedido en Hendaya, en enero de 1927, si no yerro. Había defendido yo hacía poco en Madrid mi tesis doctoral realizada en Berlín, titulado «Dos variantes de la reacción de Abderhalden», fundamento fisiológico de la actual Celuloterapia que, *bien hecha*, ha sido aprobado por los

ganadores de sendos premios Nobel, el australiano Macfarlane Burnett y el brasileño Medawar y me disponía a viajar a Heidelberg. En Donostia visité a mi gran amigo Aingeru Irigaray quien se dispuso a acompañarme a Hendaya, pasando juntos la tarde hasta que tomara el tren nocturno a París.

Pensamos visitar a don Miguel en el Hotel Broca, donde consumaba su destierro impuesto por Primo de Rivera.

Le presenté a mi amigo y don Miguel le preguntó de dónde era, Aingeru le contestó que *navarro*.

Y don Miguel en seguida le dijo, para molestarle sin necesidad alguna, prueba de psicopatía: «Nunca he estado en Navarra».

Olvidaba que en su libro «Por tierras de Portugal y España» relataba su subida al santuario de San Miguel del Aralar y que esta sierra se divisa desde el alto de la carretera de Castrejana los días claros, subiendo del Hospital de Basurto donde ambos convivimos un año entero, desde octubre del 22, hasta octubre del 23.

Justo Gárate y José Luis Elkoro Unamuno

*EL DOCTOR JUSTO GARATE,
PREMIO «MANUEL LEKUONA» 87*

El eminente médico y escritor Justo Gárate, durante muchos años profesor de Clínica Médica en la Universidad Nacional de Cuyo, recibió un merecido homenaje el pasado mes de agosto en su ciudad natal, Bergara (Gipúzcoa), en el que se le hizo entrega de la prestigiosa beca «Manuel de Lekuona» de Eusko Ikaskuntza (Sociedad de Estudios Vascos), creada con el fin de destacar la labor total realizada por alguna persona en favor de la cultura vasca. La polifacética personalidad del doctor Gárate es de sobra conocida, no sólo en Argentina y España, sino mundialmente por su aporte científico, siendo miembro de más de quince sociedades y universidades, entre las que se podrían destacar la «Sociedad Thoreau» en los EEUU y la «Sociedad Humboldt», habiendo dedicado al ilustre científico varios volúmenes que completan la más importante labor investigadora sobre el mismo que nunca se haya hecho. El doctor Marañón escribió que su colega Justo Gárate era el primer humboltiano español y hoy por hoy, cuarenta años más tarde, se puede afirmar que es uno de los primeros del mundo al haber profundizado en la parte dedicada por el polígrafo alemán a la lengua vasca y ser el investigador viviente que más trabajos inéditos del autor alemán ha hallado, traducido y publicado. Igualmente, el doctor Gárate es un gran conocedor de Goethe siendo, en la opinión de Cansinos Assens, «uno de los goetheanos

más ilustres». Su profundo conocimiento de «casi» una docena de lenguas, su formación científica y humanista, sus inquietudes investigadoras y, sobre todo, su ilimitada ansia de sapiencia hacen del doctor Gárate Arriola un arquetipo de «ilustrado» del siglo XX.

Pero el doctor Gárate es vasco por encima de todo. De su origen bergarés hereda esa curiosidad intelectual que caracterizó la vida de su ciudad natal, auténtico foco de la cultura ilustrada del siglo XVIII español. En las viejas aulas del antiguo Real Seminario de Nobles estudió con los dominicos, a su regreso de aquella primera estancia en la Argentina a donde llevaron a la familia Gárate las actividades ganaderas del padre. Pero el sosiego de la cátedra, la recogida paz de las bibliotecas y archivos no eran el marco adecuado para este vasco que encarna todas las características de un personaje barroquero. Así pues, recorre en sus años estudiantiles Valladolid, Barcelona, Bilbao, Madrid (donde obtiene su título de médico). Luego vive en Alemania, Francia, Bélgica. En los años veinte se produce su toma de conciencia vasca y se dedica al estudio profundo del «euskera», de la cultura autóctona de su verde, brumoso y melancólico país. Fue creador de la Universidad Vasca, de su Facultad de Medicina. Más tarde, como siguiendo una llamada a culminar su formación integral como hombre, llega el compromiso político que, como vasco y como liberal, cuaja en su militancia en Acción Nacionalista Vasca, presentándose en 1931 como candidato a diputado. Asimismo, a petición de su amigo el doctor Marañón, fue el primer firmante en Bilbao del Manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, dirigida por el propio Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala. Pero Bilbao no iba a ser sino un capítulo más en la inquieta vida del doctor Gárate y por los azares de la guerra civil española, debe abandonar su trabajo en el Hospital de Basurto y el amado proyecto que acababa de nacer: la Facultad de Medicina de Bilbao, siendo el único que llegó a imprimir el programa de su asignatura, la Patología General.

De nuevo la diáspora. Desde Santander sale en junio de 1937 con destino a Burdeos en el vapor bretón «Ploubazlanec» llevando a 500 niños. El comandante neerlandés repara en la personalidad del médico vasco y le ofrece un puesto como doctor en Sumatra. Pero los vientos que arrastraban a Justo Gárate no soplaban hacia el este sino hacia el oeste. América, la Argentina de los primeros años de infancia, era su destino. Efectúa la reválida de Medicina en La Plata, a los ocho meses de llegar, en julio de 1938 y dos meses más tarde tiene lugar su tesis de doctorado. Argentina es, según declaración propia, su segundo hogar y en ella alcanza, por unanimidad de los siete jurados del concurso-oposición, la primera cátedra de Clínica Médica en Mendoza y gana otra similar en Tucumán, que no llega a ocupar por diversas causas. Desde entonces, con excepción de seis viajes a Europa, y otro a

México, Mendoza es su hogar, como un navío encallado al pie de los Andes. El último tornaviaje a su Bergara natal tuvo lugar hace unos meses, para recoger el merecido premio «Manuel Lekuona» y para descubrir una placa conmemorativa en la entrada de la casa en que nació en Barrenkale el 5 de agosto de 1900. Albert Thibaudet escribía que «la emigración es mortal para los débiles», pero para este vasco de una sola pieza, para este «Shanti Andía» enciclopédico, el exilio no es sino una veta más para enriquecer su vida, una vida plétorica de azar, destino y carácter.

Gerardo Zaldívar Miquelarena

SOBRE LA EXENCION DE TRIBUTOS A VILLAFRANCA (AÑO 1270)

El siglo XIII es un período de notable importancia para Guipúzcoa, que inicia la centuria pasando a integrarse en el seno de la Corona de Castilla y ve en el transcurso de la misma salpicarse su solar por numerosas villas que progresivamente irán, no sólo ordenando el espacio geográfico, sino protagonizando los sucesos históricos. Sin embargo, las fuentes y noticias sobre la provincia en este período son escasas, de ahí el interés de presentar nuevas noticias al respecto.

A pesar de la crisis demográfica descrita por los estudiosos de la época, Alfonso X lleva adelante una política de fundación de villas en la provincia, entre las que se encuentra, en 1268, Villafranca, asentada «en aquel lugar que dicen Ordicia»¹. Esta población se encuentra ubicada en el interior, en una región limítrofe al reino de Navarra, concretamente se asienta en el Valle del Oria, punto de salida natural de cualquier expedición que procediera del otro lado de la frontera a través de la Sierra de Aralar, región por otra parte, como sucedía con la mayoría de las zonas fronterizas, infestada de bandas de bandidos que aprovechaban cualquier ocasión para bajar a los valles en operaciones de pillaje, tornando con el botín al seguro refugio que suponía el quebrado relieve de la sierra.

Evidentemente, el interés por reforzar y defender la región fronteriza latía en la política fundacionista del monarca, interesado también en crear un clima de seguridad para los pobladores de esta zona de Guipúzcoa.

Sin embargo, una cosa eran los deseos y disposiciones regios y otra distinta su cumplimiento, el cual muchas veces entrañaba dificultades.

1. Carmelo Echegaray y Serapio Múgica. «*Villafranca de Guipúzcoa. Monografía histórica*». Publicado por el Ayuntamiento de Ordizia, 1983. (Reedición de la obra publicada en Irún en 1908).

Precisamente, reflejo de tales dificultades es el documento objeto de la presente comunicación, dado por don Sancho futuro monarca de Castilla (Sancho IV) aun cuando ya se titula rey, que a la sazón era todavía Alfonso X, pues el texto está fechado en el año 1270, aunque a nosotros no nos ha llegado sino una copia de mediados del siglo XVI a raíz de un pleito mantenido entre la villa de Villafranca y las vecindades de su jurisdicción por las competencias de los fieles, y que actualmente se encuentra depositado en el Archivo General de Simancas.

Estamos refiriéndonos a una carta donde se amplían los privilegios concedidos a Villafranca en su carta fundacional, con el deseo confesado por el monarca de poblar la villa, puesto que su localización geográfica ya hemos visto que no era la más apropiada para alentar a las gentes de los alrededores a concentrarse al amparo de sus muros.

Sin embargo, ya en tan temprana fecha se establece una primera y nítida diferenciación entre los pobladores:

1) Por una parte están aquellos hijosdalgo que acuden a poblar la villa y que se verán exentos de tributos:

«tengo por bien quantos hijosdalgo son venidos o vinieren poblar que sean quitos de todo pecho ellos y sus solares e que no den fonsadera ni otro pecho ni otro derecho alguno».

2) En segundo lugar están los labradores horros, es decir, libres, que verán restringida su libertad de acudir a poblar la villa por cuanto sólo podrán acudir:

«dexando poblados aquellos lugares donde vinieren por padre o por madres o por hermano o por pariente porque yo no pierda mis derechos».

En suma la Corona, si bien trata de potenciar el desarrollo de la villa, procurará que ello no sea a costa de sus derechos, particularmente de su Hacienda.

Empero, la diferencia mayor respecto a los hijosdalgo estriba en que los labradores no van a estar exentos de tributos, por cuanto la carta establece que:

«pechen por lo que hubieren esta puebla en aquellas cosas que demandaren e tuvieren por bien».

Serán ellos, por tanto, quienes carguen con el sostenimiento de la administración y desarrollo de la villa, aunque se les eximirá de contribuir en cualquier otro lugar.

Por último, se establece para todo aquel que vaya contra el tenor de este documento una pena de 1.000 maravedís para la Corona y para la villa el doble de los daños causados.

Esta carta sería sucesivamente confirmada por Alfonso XI (Burgos, 22 de marzo de 1304 y Valladolid, 2 de noviembre de 1341), Enrique II (Torro, 15 de septiembre de 1371), Juan I (Burgos, 15 de agosto de 1379), Enrique III (Madrid, 25 de abril de 1391) y Juan II (Segovia, 31 agosto de 1407).

Posteriormente a la concesión de esta carta, Enrique III sin duda teniendo presente el contexto de la Guerra de los Bandos que asolaba entonces la provincia de Guipúzcoa, confirmará a la villa todos los privilegios, franquicias y exenciones que disfrutaba, fechada en Valdemoro el 17 de febrero de 1400, y será sucesivamente confirmada por Juan II (Segovia, 31 de agosto de 1407 y Valladolid, 2 de octubre de 1421) y por los Reyes Católicos (Córdoba, 29 de mayo de 1492).

Miguel Angel López González
Licenciado en Historia

APENDICE

«Sepan quantos esta carta vieren como yo / don Sancho por la gr^a de Dios Rey de Castilla, de Toledo, de León / de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen / del Algarbe, porque la puebla del Rey don Alonso mio padre e yo / mandamos hazer q Villafranca de Gipuz^a se pueble mejor e de / mejores homes para mio servi^o tengo por bien quanto hijosdalgo / son venidos o vinieren poblar que sean quitos de todo pecho ellos / y los sus solares e que no den fonsadera ni otro pecho ni otro dr^o / alguno e que sean libres e quitos así como heran en sus solares / que antes moraban y los labradores horros que quissieren / yr venir a poblar dexando poblados aquellos lugares donde vinieren / donde vinieren por padre o por madre o por hermano o por parite / porque yo no pierda los mis dr^s que y vengan e que pechen por lo q / huvieren esta puebla en aquellas cossas que demandaren / e tovieren por bien mas q no pechen en otro lugar por algo / q huvieren e defiendo firmemte que ninguno no sea ossado / de les yr contra esta mrd que yo hago sitio qualquir q los hiziere / pechar me aya en pena de mill mrs de la moneda nueva e a los / pobladores de Villafranca todo el daño doblado e desto / los mande dar esta mi Carta abierta y sellada con mi sello / de cera colgado dada en Vitoria a ocho dias del mes de abril hera de mill y trezientos e ocho años. Yo Mrn Perez de Vitt la fize scrivir por mandato del Rey. Agustín p^a san».

Fuente: Archivo General de Simancas
Sección: Expedientes de Hacienda
Legajo 425 (Folios 365 v. / 366)

ADDENDA A LA RELACION DE SERVICIOS DEL MARISCAL DE CAMPO D. GABRIEL DE ZULOAGA

Hace años que Otto Picaza le dedicó un estudio como Gobernador y Capitán General de la Provincia de Caracas o Venezuela de 1737 a 1747¹. Hijo de Pedro Ignacio de Zuloaga y de Josefa de Maiza², nació al parecer el 13 de julio de 1684 en Fuenterrabía. Sus abuelos eran Pedro de Zuloaga y Catalina de Casadevante y Caycuegui.

Otto Picaza dio con una concisa relación en un escrito que dirige Zuloaga a la corona³, pero se le escapó una larga relación de servicios que figura perdida entre otras muchas en la sección de Indiferente General, legajo 147, que es la que ofrecemos al lector en el Boletín anterior.

José Garmendia Arruebarrena

Presencia vasca en Andalucía EL HERMANO LASALIANO IGNACIO JAVIER¹

Este ilustre varón, a quien Cádiz y pueblos que se asoman a su bahía le deben grandes favores, nació en Azpeitia el 5 de agosto de 1878 en el seno de una familia fervorosamente religiosa. Fueron sus padres D. Juan Ignacio Orbegozo y D.^a María Ignacia Aizpuro, recibiendo en la pila bautismal los nombres de José Antonio.

Según dice uno de sus mejores biógrafos, el Hermano Guillermo Félix², «su infancia transcurrió normalmente; fue un muchacho alegre y vivaracho; frecuentó la escuela con asiduidad, aunque en el aprendizaje del castellano no fue muy sobresaliente».

1. *Don Gabriel José de Zuloaga, Gobernador de Venezuela, 1737-1747*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1963, 195 págs.

2. En torno al apellido o apellidos de su madre existen evidentes contradicciones. En la información que se llevó a cabo en Cádiz para la dignidad de maestre-escuela de su hermano Juan Bta., se dice «hijo de Josefa Moyba y Vidaurre». En el testamento otorgado por este canónigo el 30-III-1758 ante Diego de Barreda (prot. 1850, folios 148-153), se dice de Josefa de Maiza y no Moyúa y Barrena como apunta Picaza, sino Vidaurre, natural de Vergara. Véase *Vascos en Cádiz (siglos XVII-XVIII)*, capítulo XVI: Juan Bautista Zuloaga, propulsor de la nueva catedral de Cádiz, pág. 148 y nota 18, pág. 152.

3. Sin fecha. Archivo General de Indias, Sección, Caracas, leg. 56.

1. Esta pequeña biografía pudo escribirse gracias a la atención de D. Martín J. Lasa y Jáuregui, de la Salle-Enea de Irún.

2. *Hermano José Antonio Orbegozo, 5-8-1878/12-12-1968*. D. Sin más referencias.

A los 16 años ingresa en la Casa de Formación (seminario) que los lasalianos habían instalado en el viejo y casi derruido monasterio de Santa María, en Bujedo, pequeña villa burgalesa del partido judicial de Miranda de Ebro. En mayo de 1893 toma el hábito y cambia su nombre de pila por el de Ignacio Javier. «Se ignora —dice el Hermano Guillermo Félix— si él manifestó ese deseo en atención a sus padres, que llevaban ese segundo nombre, o si debido a la admiración que sentía por esos dos santos que tan de cerca le tocaban».

De lo que sí hay plena certeza es de que su vocación religiosa se debió a un pariente suyo, Bartolomé de Orbegozo, natural de Villarreal de Urruchua, que trabajaba como carpintero en la restauración del vetusto cenobio e intimó bastante con los lasalianos allí acogidos, por lo que en sus frecuentes viajes a Azpeitia sostenía largas conversaciones con el cura párroco, don Agustín Jáuregui y Barranzuela, y le contaba la vida que llevaban aquellos «frailes» y las actividades a que se dedicaban, y hablaba con tal entusiasmo que no sólo contagió al párroco, sino también a casi todos los azpeitianos, sobre todo a la juventud que decidió orientar sus vocaciones religiosas encauzándolas hacia Bujedo.

Parece ser que la primera expedición de muchachos que partieron de Azpeitia hacia esa villa burgalesa fue en 1894, en la que figuraban, entre otros, nuestro biografiado José Antonio Orbegozo, Manuel Oyarzábal, Prudencio Amenábar y Nemesio Iriarte, que al profesar tomaron los nombres de Ignacio Javier, Agatón, Modesto Angel y Aproniano. Según Guillermo Félix, todos ellos eran *caletarras*, pero bastantes *baserreitarra*s y apenas chaurreaban el castellano.

El 23 de noviembre de 1896 terminaba el escolasticado, y obtenido el título de Maestro Nacional fue destinado a varios lugares: Castro Urdiales (1897-1905), Verín (1905-1906) y Avilés (1906-1912), desde donde es trasladado a Melilla, en cuya plaza atendió a la educación de los niños sin distinción de religión, tanto a cristianos como a musulmanes, porque, según él mismo decía: «Si yo en lugar de haber nacido en Azpeitia, de padres cristianos, hubiera nacido en Farjana, sería un fanático y fervoroso mahometano».

El Hermano Ignacio Javier fue destinado a Cádiz en 1926 como director del colegio instalado en la calle de Peñalba, en el típico barrio obrero de La Viña, por lo que a esas escuelas aún hoy se les conoce por «La Salle-Viña». Allí realiza una ingente labor, tanto didáctica como de mejoras al viejo edificio. Crea una asociación, que llamó «El Porvenir», para procurar trabajo a los muchachos que habían concluido sus estudios, para, como él decía, *empezaran a abrirse camino en la vida* y, como apunta el Hermano Lasa y Jáuregui, «raro era no encontrar *proveneristas* colocados en la Banca,

comercio, empresas y en las factorías navales», es decir, que gracias a sus buenos oficios y no mejores amistades puede decirse que casi ninguno de sus antiguos alumnos se quedaban sin trabajo al terminar los cursos.

En la *Tacita de Plata*, como se le llama a la milenaria Guadix, permaneció hasta el año 1932, en que la II República promulgó una ley que prohibía la enseñanza a los religiosos, por lo que hubo que cerrar aquellos magníficos colegios, trasladándose él y los demás Hermanos a la isla de San Fernando, donde permanecieron hasta 1935, en que sus superiores, creyendo que todo había vuelto a la normalidad, los vuelven a destinar a Cádiz. Mas no era todo oro lo que relucía, y al año siguiente, el 8 de marzo de 1936, un grupo de exaltados, entre los que figuraban muchos padres de los niños que allí recibían educación gratuitamente, asaltaban el edificio, destruyen cuanto encuentran a su paso y se llevan, como «recuerdo», doce máquinas de escribir. Y por si eso fuese poco, un juez de Instrucción conmina al Hermano Ignacio Javier a poner en marcha, inmediatamente, las escuelas, amenazándole con incautarse de las mismas si no se cumplía la orden en el acto, como si el Hermano Ignacio y los demás fuesen los culpables del saqueo a los colegios. Se acata el mandamiento judicial, se hace, con grandes sacrificios, las reparaciones más imprescindibles y las clases vuelven a impartirse hasta fin de curso. El señor juez ya podía descansar tranquilo.

Pero con ese fin de curso llega el 18 de julio. La situación en Cádiz para los Hermanos de La Salle y otras congregaciones religiosas es muy poco halagüeña. Todo va tomando un cariz de violencia, particularmente en los barrios obreros, como el de la Viña. La primera providencia que toma el Hermano Ignacio es poner a salvo a todos los lasalianos que están a sus órdenes alojándoles en casas de familiares de toda su confianza; pero él, como buen artillero, se quedó allí, al pie del cañón, en vana pretensión de defender a ultranza sus escuelas de las exaltadas masas, que no tardaron en presentarse a la caída de la tarde. Intentó convencerles de que no debían quemar las escuelas en las que sus propios hijos recibían instrucción y aprendían un oficio, pero todo fue inútil. Incluso llegó a forcejear con ellos —era un hombre fuerte—; mas viendo la imposibilidad de lograr fuese respetado el edificio tuvo que retirarse a su interior y gracias a la gran nube de humo originada por el incendio, consiguió subir a la azotea sin ser visto por los asaltantes y, rocambolescamente, saltar a la de la casa colindante donde fue muy bien acogido por la familia obrera que en ella habitaba, ocultándole en una habitación trasera donde habían llevado los muebles por si el incendio alcanzaba parte de su vivienda.

De aquellas magníficas escuelas consideradas las mejores en toda la provincia gaditana, sólo quedaron unos muros calcinados, unos hierros retorci-

dos y montañas de escombros. El mismo destino sufrieron otros dos colegios: el del Centro Católico Obrero y el de Nuestra Señora del Rosario, ambos ubicados en el mismo barrio de la Viña. Todos esos saqueos e incendios se produjeron en menos de dieciocho horas, pues Cádiz volvía a la normalidad a las nueve de la mañana del día 19.

Ya lo dijeron los llamados *tres grandes* (Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala) al criticar los incendios de iglesias y conventos del 11 de mayo de 1931, llamando a los incendiarios «multitud caótica e informe»³. El aviador, aristócrata y comunista Hidalgo de Cisneros, escribía después de terminada la guerra civil: «En vez de perseguir (a los religiosos) y quemar sus conventos, la República debió subir el sueldo a los curas e incorporarlos a las tareas culturales de enseñanza». Y Lerroux: «La Iglesia no había recibido con hospitalidad a la República... Provocarla a luchar apenas nacido el nuevo régimen era impolítico e injusto, y lo ha sido en cualquier momento. La guerra civil, que espiritualmente quedó encendida con las hogueras del 11 de mayo, hubiera podido ponerse sobre las armas inmediatamente»⁴. Y lo decían personajes políticos nada ascéticos a ningún credo religioso.

Y aquí viene el gran mérito del Hermano Ignacio Javier: Empeñarse en reconstruir aquellas escuelas que habían sido bárbaramente desvastadas, y lo logró plenamente. Pero antes piensa en que los niños y jóvenes no podían estar sin recibir educación tanto tiempo como llevarían las obras, por lo que solicita del Vicario diocesano autorización para utilizar algunas dependencias del Seminario Conciliar, que le es concedida de buen grado; pero observando que aquellas dependencias no eran suficientes para dar cabida a tantos alumnos, consigue de las autoridades civiles que le cedan el edificio que ocupara la Casa del Pueblo, lo que también consigue y bautiza con el nombre de «Grupo Escolar Jaime Balmes».

Sin embargo, aún no está conforme con esas ventajas alcanzadas, que ya era poner una pica en Flandes en aquellos tiempos tan difíciles como fueron los de la postguerra. El quiere emprender la reconstrucción de los colegios de la Viña, muchos más amplios y dotados con mejores servicios. Y se lanza a la empresa con un capital inicial de... ¡seis mil pesetas! Claro que, aparte, contaba con las ayudas económicas de las autoridades locales, las de sus siempre buenos amigos D. Luis Bueno y su esposa D.^a María de Pinillos y las de otros muchos gaditanos que se comprometieron a abonar una cuota mensual que oscilaba entre los cincuenta céntimos y las veinticinco pesetas. Arquitectos y aparejadores renunciaron a cobrar sus minutas.

3. *El Sol*, diario de Madrid, 11-5-1931.

4. Ricardo de la Cierva, *La Historia se confiesa*. Madrid, 1976.

Pese a todas esas ventajas aún se le presentarían serios problemas, como fueron la adquisición de materiales —cemento, hierro, clavazón, baldosas, ladrillos, etc., etc.—, todos ellos intervenidos y entregados a los contratistas de obras por cuentagotas. Pero él no se adredó; viajó a Vizcaya y a Barcelona para conseguir hierro, cemento y baldosas a precios más bajos que los de tasa; se desplazó por varios pueblos de Andalucía en busca de ladrillos, azulejos y otros materiales imprescindibles. Todos le atienden y le dan ánimos para proseguir en su gran obra. Y así, en el increíble plazo de tres años (el 23 de enero de 1940 se dio comienzo al descombrado y el 7 de octubre de 1943 se inauguraban las escuelas). La Salle-Viña resurgía de sus cenizas como una nueva Ave Fénix; más amplia, con inmejorables servicios y con tres plantas. Un verdadero y moderno centro escolar del que los gaditanos se sintieron y aún se sienten orgullosos. Tanto así que el Ayuntamiento de Cádiz, agradecido por la labor realizada por el Hermano Ignacio Javier, dio su nombre a una calle de la ciudad.

Terminada su ingente labor en Cádiz, sus superiores le envían a *descansar* a San Fernando (el descanso del Cid, que era batallar), pues allí se le encomienda levantar unas escuelas para los hijos de los empleados y obreros de la Empresa Nacional BAZAN, escuelas que surgen de la noche a la mañana y son bautizadas con el nombre de «Nuestra Señora del Carmen», como corresponde a una institución tan relacionada con el mar.

Después de pasar por Jerez de la Frontera (1953-1957) y por Puerto Real (1957-1960), donde también desarrolló una gran labor pedagógica, cuando ya cuenta con 82 años de edad y está *relevado de toda responsabilidad docente*, se le señala un nuevo objetivo: Fundar en el Puerto de Santa María otro colegio. Aquí fue donde le conocí personalmente. Pese a su ya avanzada edad, se notaba que había sido en su mocedad un hombre corpulento; era cordial en el trato y resultaba muy agradable sostener conversaciones con él, por triviales que fuesen. Eso sí, pese a los 64 años ausente de su querida Azpeitia, no podía negar su ascendencia vasca por el «deje» en su oratoria. Por otro lado, siempre se tocaba con una gran boina, que decían sus alumnos, en broma, *que no se quitaba ni para dormir*.

La creación de unas modernas escuelas en el Puerto era un proyecto que llevaba archivado en algún cajón de una mesa de escritorio la friolera de cincuenta y nueve años. En efecto, una señora de ascendencia gallega, doña Natalia Pajares Salgueiro, allá por el año 1911, había dejado un legado equivalente a la mitad de su fortuna (ignoramos cuál sería su cuantía) para la fundación de una escuela gratuita en la ciudad, proyecto que años más tarde haría suyo el conde de Osborne y doña Isabel Merello, viuda de Terry. Parece ser que surgieron algunas dificultades que impidieron llevar a cabo el proyecto; pero que el Hermano Ignacio supo salvar con la misma maes-

tría que salvó otras situaciones peores, y, como él dijo desde el primer momento que arribó al Puerto, «Esas escuelas se levantarán a la velocidad de la luz». Y no se trataba de fabricar un edificio vulgar, sino uno de cuatro plantas, diecisiete aulas, talleres, salón de actos, capilla, teatro, campo de deportes y otras dependencias que requieren los modernos grupos escolares. Y lo levantó, si bien fue lo último que hizo en vida.

Y ahora merece la pena intercalar una anécdota que, una vez más, pone de manifiesto el tesón y actividad del azpeitiano para llevar a buen término cuanto se proponía, siempre en beneficio de la juventud.

Cuando vio el solar donde debía edificarse la escuela, en la calle de la Rosa, observó que presentaba un gran desnivel que era necesario allanar. Nivelarlo a fuerza de brazos, que era lo único que por entonces podía hacerse en el Puerto, suponía muchos jornales y mucho dinero, del que tan escaso andaba. ¿Cómo se las arregló? Tenía noticia de que los americanos que estaban construyendo la Base Naval de Rota contaban con modernas máquinas que en poco tiempo abatían cerros y dejaban el terreno más liso que la palma de una mano. Ni corto ni perezoso hacía la vecina Rota encamina sus pasos, logra entrevistarse con el encargado de los servicios de maquinaria, a la sazón Mr. Conozzi, y aquí lo anecdótico: El americano apenas si tenía conocimiento del castellano y el Hermano Ignacio sólo conocía del inglés la palabra «yes»; pero se *entendieron* tan bien que a los pocos días de la entrevista los «carterpillas» nivelaban el solar de la calle de la Rosa y... ¡gratuitamente!

El 10 de abril de 1959 bendice la primera piedra el arzobispo hispanense Dr. Bueno y Monreal, y como ya queda dicho, año y medio más tarde ya todo estaba en perfectas condiciones para entrar en funcionamiento. Lo había logrado en un tiempo verdaderamente record y, como decía, «este centro escolar tiene que ser el núcleo de toda la espiritualidad del Puerto».

En 1967, cuando ya tenía 89 años de edad, debido a su agotamiento físico, es enviado a la residencia que los lasalianos tienen en Griñón, desde donde escribe sendas cartas a sus antiguos alumnos gaditanos y portuenses, que algunos conservan como una reliquia, para anunciarles. «Abrigo la esperanza de personarme por ahí algún día». Y así sucedió. En agosto de 1968, recién cumplidos sus 90 años, sus superiores le autorizan a pasar unos días en el Puerto de Santa María y Cádiz, donde celebraría sus bodas de plata de la reconstrucción de la Salle-Viña, acto en el que le fue entregada la Placa de Oro a la Gratuidad. Pero esos largos viajes de Griñón a Cádiz y regreso de Cádiz a Griñón a tan avanzada edad, y las naturales emociones que debió sentir al volver a contemplar sus obras, le fatigaron tanto que llegó a la residencia griñolesa completamente agotado, al extremo que a los pocos días de su llegada, el 16 de diciembre de ese año, falleció

casi en olor de santidad. A su sepelio acudieron los directores de los colegios de Cádiz, San Fernando, Puerto Real y Puerto de Santa María, acompañados de una nutrida representación de las Agrupaciones de Antiguos Alumnos.

Pero sus restos mortales no dormirían eternamente en el cementerio de Griñón. Catorce años más tarde serían trasladados con toda solemnidad al Puerto de Santa María, en la tarde del 20 de noviembre de 1982, donde fueron depositados en la capilla del colegio de «Santa Natalia» erigido por él veintitrés años antes, siendo velados por alumnos y muchos portuenses padres de los mismos, hasta las diez de la mañana del día siguiente en que fueron trasladados, con la misma solemnidad, a Cádiz para recibir definitiva sepultura en la capilla del Colegio La Viña, junto a sus íntimos amigos y benefactores de siempre, don Luciano Bueno y doña María de Pinillos, colocándose sobre su sepulcro una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

LA SALLE-VIÑA, A LA MEMORIA DEL HERMANO IGNACIO JAVIER,
ARTIFICE DE LA RECONSTRUCCION DE ESTE CENTRO,

AÑO 1982

Mucho más se podía hablar sobre este vasco de Azpeitia que dedicó más de setenta y cinco años de su vida al servicio de la juventud, del hombre que supo vencer las más grandes dificultades. Por eso aún en nuestros días se le sigue recordando con cariño y veneración en Cádiz y en todos los pueblos de su provincia por los que dejó profundas huellas. Y todo lo que hacía era a la chita callando, sin aspavientos y sin darles la menor importancia porque estaba convencido de que todo lo que hacía era lo más natural y no merecía el menor aplauso. El Hermano Ignacio Javier también está en posesión de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio, que le fue concedida por Decreto del 14 de octubre de 1949.

F. J. Hermida Suárez

LA BAYONA DE VICTOR HUGO Y OTRAS

Para Victor Hugo, Bayona es un recuerdo. Un recuerdo de su niñez. «Je n'ai pu entrer à Bayonne sans emotion. Bayonne est pour moi un souvenir d'enfance».

Fue el año de 1812 cuando el futuro escritor, acompañado de su madre y sus hermanas, pasó un mes en la pequeña ciudad del sudoeste. Pequeña ciudad lejana, más allá de las landas pantanosas, desoladas, casi des-

habitadas. Landas cuyos límites con el mar eran imprecisos, como se ve en las viejas cartas geográficas. Para un francés de París aquellas regiones abiertas al océano y cerradas al sur por los Pirineos debían parecer el fin del mundo. Algo peor aún si se añadía que el motivo del viaje y de la espera, era reunirse con su padre en la Península Ibérica en plena sublevación contra las tropas de Napoleón. Porque el padre del escritor era precisamente uno de aquellos militares que intentaban consolidar el nuevo orden establecido en Europa y que en tierras de España y Portugal no parecía asentarse debidamente.

Como aquella espera se hacía larga, pues el viaje no podía hacerse sin la protección de fuertes convoyes militares y éstos tenían que reunirse y prepararse, la familia Hugo se asentó en Bayona en una casa alquilada. El temor, posiblemente, al tedio de una ciudad pequeña y provinciana, hizo que Madame Hugo decidiera como solución alquilar una «loge» en el Teatro bayonés por el tiempo de un mes.

Victor Hugo relata con cierto humor, la aparición implorante y barullera del director del Teatro, un italiano grandilocuente, casi escapado de la Comedia del Arte, que consiguió sin dificultad el abono a sus representaciones. Qué cosa mejor para tres niños y una madre anclados en la pequeña ciudad adormecida, que asistir todos los días a la representación de obras teatrales, aliviando de este modo la inevitable monotonía de aquella forzada estancia?

Justamente estaba en cartel una obra representada por entonces en toda Francia con gran éxito: «Les ruines de Babylone», melodrama lleno de incidencias que la familia degustó con gran placer en la «loge» que Victor Hugo describe como «une magnifique loge de face ornée de draperies de calicot rouge à rosaces safran». «C'était magnifique, à Bayonne du moins» añade el escritor. «Nous étions dans l'admiration».

Cuando al día siguiente, siguiendo los deseos de los niños, Madame Hugo los llevó al Teatro, y cuando al levantarse el telón aparecieron los mismos decorados rodeando a idénticos personajes envueltos en las mismas intrigas, los niños renovaron el placer de la víspera.

Pasado otro día, aún «Nous vîmes la pièce avec plaisir, cependant nous aurions préféré quelque autre ruine», dice el poeta. Al cuarto día los pequeños Hugo se durmieron en medio del gigantesco drama babilónico. Por fin llegado el quinto día prefirieron enterarse con anticipación si la obra seguía en cartel antes de ocupar la «loge». Como la obra efectivamente continuaba rogaron a su madre que no les llevara ese día al teatro. Al sexto día la obra seguía en cartel. Aquello duró un mes. «Un beau jour l'affiche changea. Ce jour-là, nous partions».

En adelante, la familia Hugo prefirió pasar su tiempo en contemplar cosas más bellas que las viejas ruinas de cartón del melodrama. Del humor irónico Victor Hugo pasa a un lirismo suavemente melancólico. Sus ojos se llenan de paisaje. «Il y avait au bord de l'eau, sous les arbres, une belle promenade où nous allions tous les soirs. Nous faisons, en passant, le moue au théâtre où nous ne metions plus les pieds et qui nous inspirait une sorte d'ennui mêlé d'horreur. Nous nous asseyions là sur un banc, nous regardions les navires, et nous écoutions notre mère nous parler».

De esas tardes placenteras, Victor Hugo recuerda especialmente un barco, que acosado por un navío inglés se había refugiado en la desembocadura del Adour.

«J'ai encore présent comme s'il était sous mes yeux cet admirable navire qu'on voyait à un quart de lieue de la côte, éclairé d'un beau rayon de soleil, toutes voiles carguées, fièrement appuyé sur la vague».

Es fácil imaginar la escena en aquella Bayona de principios del siglo XIX, con los bellos barcos de vela deslizándose pausados sobre el río. Imágenes aéreas, claras, sobre el fondo de las colinas verdes, bajo las nubes atlánticas. La placidez de las horas de una madre con sus tres hijos en la pequeña ciudad de provincia. El lento pasar del tiempo. Parece como si en la memoria del escritor la imagen de aquella ciudad conservara un aire amable y risueño, si acaso teñido, como todo lo que pasó, de una cierta añoranza. «La maison que nous habitons était riante. Je me rappelle ma fenêtre où pendaient de belles grappes de maïs mûr». Essa impresión luminosa parece bañar las escenas de los juegos infantiles. «Notre maison était adossée aux remparts. C'est là, sur les talus de gazon vert, parmi les canons retournés la lumière sur l'herbe et les mortiers renversés la gueule contre terre, que nous allions jouer dès le matin».

¿En qué parte exacta se situaría esa casa y esos juegos? El mismo escritor, cuando escribe desde Bayona estos recuerdos, no es capaz de descubrirlo. ¿Qué impresión le haría la ciudad, aquella ciudad entrevista en la infancia, pasado tanto tiempo?

«La ville est on ne peut plus gracieusement située, au milieu des collines vertes, sur le confluent de la Nive et de l'Adour, qui fait là une petite Gironde. Mais de cette jolie ville et de ce beau lieu, il a fallu faire une citadelle». Los cañones de sus juegos infantiles no le aparecen al hombre adulto deseables para un lugar tan privilegiado por la Naturaleza y hacen escapar un lamento al poeta: «Malheur aux paysages qu'on juge à propos de fortifier!»

A Victor Hugo, la catedral de Saint-Marie se le presenta como «unes assez belle église du quatorzième siècle, couleur amadou et toute rongée par

le vent de la mer. «En aquella época no existían aún las flechas aéreas que en 1879 Emile Boeswillwald elevó hasta los 84 metros.

Para Victor Hugo, la Bayona de su corta y lejana estancia no es sólo una imagen de juegos en los «glacis» de las murallas, ni la contemplación reposada de los veleros deslizándose sobre el estuario. Una jovencita, apenas una adolescente, se asoma con un vago e insinuado perfume de sentimientos oscuramente instruidos por un niño de ocho años.

Aquella niña que ya era una mujer era la hija de la casa donde la familia Hugo se había instalado. Pasados treinta años, el poeta reproduce su figura sin perder detalle. «Je la vois encore. Elle était blonde et svelte, et me paraissait grande. C'était un regard doux et voilé, au profil virgilien, comme on rêve Amaryllis ou la Galatée qui s'efuit sous les Saules».

Esta niña venía a jugar con los hermanos de Hugo y cuando el menor, Victor, quedaba solo, pues los mayores iban a ver los ejercicios de tiro de los soldados o se dedicaban al estudio, ella leía al futuro escritor. «Elle me lisait je ne sais plus quel livre ouvert sur ses genoux. Nous avions au-dessus de nos têtes un ciel éclatant et un beau soleil qui pénétrait de lumière les tilleuls et changeait les feuilles vertes en feuilles d'or (¿sería el comienzo del otoño?). Un vent tiède passait à travers les fentes de la vieille porte et nous caressait le visage. Elle était courbée sur son livre et lissait à voix haute». El encanto que estas palabras transmiten es el encanto fascinador de las primeras impresiones de la infancia. El juego de la luz, la oscilación de las hojas, los colores, la tibieza del aire. La presencia de la lectora... Su voz. ¿Cómo sería aquella voz fresca? Victor Hugo añade: «Pendant qu'elle lisait, je n'écoutai pas le sens des paroles, j'écoutait le son de sa voix». ¡Qué bella escena para un cuadro de Manet, de Renoir o de Berthe Morisot! «Eh bien Victor! tu n'écoutes pas?».

En aquel ambiente los sentidos parecerían arrojarse, por la tibieza del aire, la suave oscilación de las hojas hicieron temblar la luz dorada, el murmullo ritmado por las pausas de la lectura. La mirada del pequeño se fija en una especie de fascinación turbadora en el movimiento que la respiración imprime al pecho de la niña. «Qu'était-ce que cela, mon ami? Qu'est-ce que j'éprouvait, moi, si petit, près de cette grande belle fille innocente? Je l'ignorais alors. J'y ai souvent songé depuis». Y el poeta, al que podemos imaginar lleno de sentimientos nostálgicos, continúa: «Bayonne est resté dans ma mémoire comme un dieu vermeil et souriant. C'est là qu'est le plus ancien souvenir de mon coeur. Epoque naïve, et pourtant déjà doucement agitée! C'est là que j'ai vu poindre, dans le coin le plus obscur de mon âme, cette première lueur inexprimable, aube divine de l'âme». Adivinación o recuerdo del abismo maternal a la vez acogedor e inquietante, fuente de

gozo y de ansiedad? Confusos e inexpressables sentimientos. Extraña conmoción del ser en el lento despertar de la infancia.

Pasados los años, aquella imagen persiste conservando su misterio, su encanto. Pero el escritor intenta vanamente buscar la casa y la joven de hace treinta años. No se busca el pasado, fugitivo por naturaleza, fuera de la propia alma. La bella Amariyllis, la esbelta y rubia Galatea bayonesa de mirar dulce y velado con sus ojos azules bajo el temblor del follaje que el sol hace dorado, forma parte, con el navío anclado frente a la barra, con el pintoresco director del Teatro y su melodrama de la iconografía a la vez nítida y desvaída de la infancia.

La Bayona de Victor Hugo es una lámina romántica, bellamente iluminada de tonalidades claras, donde siempre se adivina el amplio horizonte del mar. Para otro escritor, Pío Baroja, Bayona no es la ciudad clara, atravesada de luz y de suave nostalgia que nos presenta Hugo. Al verde, al verde dorado del follaje, al azul del cielo y del mar le suceden el negro y el gris. Si la Bayona del francés es una acuarela, la Bayona del vasco es un aguafuerte sombrío y ennegrecido. Los adjetivos «húmedo», «negruzco», «oscuro», «sombrió» repetidos en un breve espacio, dan idea de la impresión que Baroja conservaba de la Bayona de finales de siglo. Una imagen que acuerda con las conspiraciones de los proscritos liberales, narradas en varias de sus novelas. Escenas de tumultos callejeros como la de los bayoneses persiguiendo a los desertores que abandonaban las filas del coronel Valdés en aquel prematuro intento de penetrar en Navarra. El viejo puente de Saint-Sprit, en aquel año de 1830, aún de barcas, se estremeció al paso rápido de los «vocingleros parisinos», como los llama Espoz y Mina, escapando de los gritos y pedradas de los bayoneses. Es el tiempo de Louis-Philippe, al parecer demasiado complaciente con los gobiernos absolutistas de Fernando VII para seguir apoyando a los liberales como éstos quisieran. Pero vamos a asomarnos a las murallas de Vauban, del lado de la Puerta de España, aquella noche del 18 de octubre de 1830. Abajo, la luz oscilante de las antorchas, hay un grupo de gente armada arengada por un hombre de cabellos blancos. Aquellos hombres, muchos ya maduros y gastados, parten finalmente y desaparecen en la noche. Vamos a oír la narración de este hecho de labios de su propio jefe, Espoz y Mina.

«Reunida el 18 por la noche toda la gente disponible que había en Bayona para emprender mi movimiento, la hice formar fuera de la Puerta de España, a vista y tolerancia no sólo del pueblo bayonés, sino de todas sus autoridades civiles y militares; las revisté, conté escasos trescientos cincuenta hombres, incluso cincuenta y uno que formaban una compañía, llamada Sagrada, compuesta toda de beneméritos oficiales, algunos de los cuales bastante ancianos, que en servicio de la patria se habían comprometido

a hacer el oficio de soldados. Me enternecí al contemplar las honrosas cicatrices de algunos, y a la luz de las hachas que alumbraban aquella escena, ver de todos tan risueños los rostros, donde estaba pintado el verdadero heroísmo. Municioné la gente, la animé, y emprendimos la marcha, llenos todos de las más halagueñas esperanzas de ver coronada nuestra empresa.»

La prosa del General, de largos períodos decimonónicos, no deja sin embargo lugar a divagaciones ambientales. Nada dice de las condiciones atmosféricas de aquella noche. Soplaría el viento, el tibio, a veces brutal «hegoaize» tan amado por Loti. ¿O amenazarían los chaparrones, azotando oblicuos desde el lado de la barra? Traería el viento a aquellos hombres caminando en la noche olor de maizales y de prados o el salino aliento del mar? Tal vez la llovizna espesa y brumosa acortaría las distancias haciendo la noche más negra. Quizás, al contrario, brillarían las estrellas y aquellos hombres, como los peregrinos de antaño, seguirían el camino que les marcaba la Vía Láctea perdidos en el vericuetto de las sendas nocturnas.

Desde luego, la Bayona barojiana está atravesada de lluvia batiente. De lluvia arrastrada por el viento noroeste, cayendo en flecos desde los nubarrones oscuros. La Bayona un tanto siniestra de las conspiraciones y de los espías. Cuando años después, Baroja visitó de nuevo la ciudad, la encontró muy cambiada. No era ya, quizás, el pueblo oscuro y húmedo que él recordaba. A pesar de seguir «la Nive» entregándose plácidamente al gran río de llanura que es el Adour.

Arteche comienza su biografía de Saint-Cyran con un capítulo dedicado a Bayona. Bayona para Arteche es la capital europea de Vasconia. San Sebastián mismo nace como una especie de sucursal de Bayona y el escudo donostiarra muestra un barco que según Arteche, es un navío bayonés. Cuántas cosas nos vienen de Bayona a los donostiarros, a los guipuzcoanos, a los navarros... Nuestros abuelos, puestos a parte hechos tan banales como ir a tomar chocolate o vestirse en las sastrerías de aquella ciudad, podrían contarnos muchas cosas más. Arteche alude a los misales y libros de devociones. A la influencia religiosa, espiritual como resultado de la jurisdicción más extensa de la diócesis de Bayona. Es cierto que las casas donostiarros, estaban llenas de libros piadosos adquiridos a orillas del Nive y del Adour. Pero más allá de la Bayona decimonónica, más allá de la Bayona flordelisada, en los tiempos en que la lengua de Gascuña no había sido sustituida por la lengua de Francia, en los tiempos en que ondeaba el leopardo de Inglaterra, ya Bayona era una ciudad importante, celosa de sus prerrogativas comerciales de puerto mercante. La época de los caprichos del Adour buscando salida al mar más allá de Capbreton por el Vieux Boucau, hasta que al fin la ciudad se decidió a perforar las dunas y dar al río la actual salida, bajo la dirección de Louis de Foix, venido para ello del Escorial. Aquel 28 de octubre

de 1578, al decir de la tradición, el nivel del Adour alcanzó tal altura, que los barcos quedaron amarrados a los primeros pisos. Pero el río pudo salir directamente al mar.

Según Praviel, autor de un libro sobre el País Vasco y el Béarn, unas lluvias torrenciales hicieron afluir desde los Pirineos tal cantidad de agua que la crecida del río abrió un cauce nuevo a través de las dunas ayudando de este modo la labor de Louis de Foix. En todo caso, desde entonces hasta fines del siglo XVIII una procesión solemne conmemoraba anualmente el acontecimiento.

La influencia de Bayona irradia pues, desde esas épocas de esplendor hasta nuestros días aunque de maneras muy diferentes. Desde la instalación de sucursales, como el caso de San Sebastián, donde el gascón bayonés sería el idioma oficial¹, desde la influencia espiritual de su sede episcopal, que por cierto, fue ocupada por un gascón donostiarra, hasta la más difusa y matizada de épocas actuales. Todo ello hace buena la calificación de «capital europea de Vasconia», que le da Arteché.

Esa Bayona de Francis James el hijo de Orthez, afincado en Hasparren, ese «dulce Amsterdam francés» como él la llama, esa Bayona de Bonnat, el retratista y coleccionista de pinturas y grabados al que debemos el actual museo que lleva su nombre, puede ser también la ciudad entrevista por primera vez de un día de fines de octubre de la postguerra del 40-45. Un día lluvioso y frío. La Bayona de la rue Thiers barnizada de lluvia bajo los tilos, las hojas empezando a caer, pegadas al suelo de las aceras. El hotel acogedor, con su salita donde un piano dormita en la penumbra. El comedor, el perfume del jabón al lavarse las manos, el mapa donde se mira la ruta a seguir: Peyrehorade, Orthez, Pau, Tarbes, Lourdes... Impresiones que se suman, se superponen a las recibidas durante el viaje por las carreteras mojadas, las nubes bajas resbalando por las laderas, por la campiña abierta. Las manchas amarillas, ocres, rojizas del otoño escapando fugaces por detrás de los cristales perlados de vaho.

Bayona es también el humo de las chimeneas, enloquecido bajo el galope de las nubes atlánticas, oscuras, repletas de lluvia. Las gaviotas blancas sobrevolando las aguas tumultuosas de la pleamar. O un día de otoño, sereno, luminoso, estival, destacando sobre el fondo del cielo azul, la claridad de sus casas, de su catedral. El oro de sus árboles, el fino rayado paralelo de sus contraventanas, llenando las fachadas de blanca piedra calcárea.

Bayona es una ciudad con perfil. Una ciudad que desde cualquier lado se avista en el horizonte, con sus casas antiguas llenas de chimeneas, sus murallas, y por encima de todo la catedral, con sus agujas paralelas que pa-

1. A propósito de un texto gascón de San Sebastián de 1304. Ricardo Cierbide. RIEV. Tomo XXXI, n.º 3. Octubre-diciembre 1986.

recen querer perforar el cielo. Si venimos de Pau o de Burdeos, o salimos de la estación, se nos presenta al final del largo puente de Saint-Esprit, por detrás, del amplio espacio que determina la confluencia de los dos ríos. Es el perfil que podríamos llamar decimonónico, ordenado, un tanto solemne. Las masas neoclásicas de los edificios, masas ordenadas y regulares, rotas en el medio por el verdor de la Place du Reduit y la verticalidad de la catedral que parece flotar en lo alto. Y esa rotura de los volúmenes parece acentuarse porque la larga sucesión de arcos del puente nos conduce directamente a ella, originando así una bella perspectiva.

Otro perfil característico puede ser el que se contempla fugazmente desde el tren al cruzar el curso del Nive. Sobre el agua del río, parece flotar el conjunto urbano de la Grande Bayonne, sus viejas casas dominadas por el ábside de la catedral, sus ágiles contrafuertes y las altas flechas de sus torres. Y a la derecha como buscando un equilibrio de masas, la Petite Bayonne, y las torres sin flecha de Saint André.

Pero el perfil más usual para el visitante que viene del sur, es el que se ofrece desde la confluencia de caminos que llegan de Marracq y de Anglet. Por detrás de los prados y los grandes árboles, se levantan las murallas a las que se asoman las viejas casas claras destacando sobre el conjunto el volumen aéreo de la catedral con las elevadas agujas de Emile Boeswillwald.

Bayona posee ese forjador de prespectivas, de paisajes urbanos, que es un curso de agua al atravesar una ciudad, sobre todo si, próximo a su desembocadura, ofrece el juego cíclico de las mareas con sus rumores diferenciados, sus aguas tersas y deslizantes, o revueltas, eco del oleaje que rompe en la barra y que asciende aguas arriba. Una ciudad con río y con gaviotas. Pero además, Bayona goza de dos ríos bien diferentes, que originan también dos paisajes distintos. El Nive, de cauce estrecho, casi de canal, con sus casas asomándose al agua, el «dulce Amsterdam francés» de Francis James, el Adour, de horizontes amplios, que anuncian la amplitud de las landas, las dunas, las colinas suaves, y más allá los Pirineos del Béarn, con sus torrentes, sus altos pastizales, sus neveros. Y ambos ríos unidos al pie de las casas bayonesas, buscan el mar por el surco que Louis de Foix y al parecer las propias aguas abrieron aquella famosa noche.

Bayona, la ciudad encalmada, intemporal de Víctor Hugo, parece dormir bajo el peso de su rica historia. Desde su origen galorromano, la vie-La-purdum, vio el paso de los visigodos, de los suevos, de los francos. La invasión vascona y el asentamiento normando. La llegada de San León, la formación del obispado. Una sucesión de nombres se dan la mano como en una ronda dominando la historia de la ciudad: Ducado de Gasuña, Ducado de Aquitania, Vizcondado de Labourd hasta que Bayona cae en poder de Inglaterra por la mano de Ricardo Corazón de León. Y es bajo el dominio inglés

cuando la ciudad alcanza un gran desarrollo comercial semejante al de una ciudad hanseática. Cuando en las «caves» góticas se amontonan «les draperies de Flandre et d'Angleterre, huiles, figues et fruits, cuirs et laines d'Espagne, et du Midi, miel, cire, résine et goudron des landes, étain d'Angleterre s'entreposaient dans les vastes caves...». Con estas palabras René Cuzacq, describe el movimiento comercial del puerto bayonés. Y unas líneas más adelante añade: «Quel beau trafic et quelle époque de splendeur pour la marine bayonnaise. ¡De la livre sterling à la livre morlanne, si variées étaient les monnaies que les changeurs avaient fort à 'faire'!».

Esta situación duró tres siglos, hasta que aquel 20 de agosto de 1451, rodeada Bayona por el ejército francés al mando de Dunois, con la ayuda del Conde de Foix y Vizconde de Béarn y con la del Señor de Albret, «une croix blanche fleurdelysée parut se dessiner parmi les nuages au-dessus du camp français. Le Ciel lui-même se déclarait pour la France. Il n'y avait plus qu'à se résigner à l'inévitable. Jean de Beaumont ne put prolonger davantage la résistance: il se rendit». Desde entonces, las flores de lys de Francia, sustituyeron en los muros de la catedral de Sainte Marie, a los leopardos de Inglaterra. Y el gascón cede la plaza al francés. La sidra y el vino de los alrededores de Bayona, que según René Cuzacq eran esenciales en la exportación hacia Inglaterra, buscaron otros mercados? A partir de entonces, una larga procesión de personajes atraviesa la ciudad. Las fiestas se suceden: «en 1565, avec une cour de 3.000 personnes, Charles IX vient à Bayonne rencontrer sa soeur Elisabeth de Valois, femme de Philippe II, et le duc d'Albe; trois mois de fêtes, païennes et chrétiennes, de processions ou de plaisirs nautiques!». Siguiendo el pequeño pero denso libro de René Cuzacq, vemos cómo Bayona toma de nuevo aliento bajo el Rey de Francia, y en el siglo XVII y sobre todo en el XVIII adquiere un auténtico esplendor que nace de la riqueza de su comercio. La relación intensa con España, de la que es verdadero almacén, la exportación de vinos a Holanda, hasta el punto de que muchas familias holandesas se instalaron en la ciudad. La pesca de la ballena que Vascos y Landeses cazaban en el Golfo de Gascuña, había llevado al descubrimiento de Terranova y a la pesca del bacalao que adquirió importancia en el siglo XVII. Los Corsarios bayoneses llenan los muelles de sus botines... Bayona se adorna: «la ville s'embellissait; ponts et quais et fontaines surgissaient à l'envi». «Le théâtre était envahi par une foule élégante. Plantées de splendides ormeaux, d'immenses promenades s'édifiaient pour la joie des siècles futurs». La impresión que nos da la lectura de Cuzacq es la de una ciudad rica y fastuosa donde todo llevaba al placer de la fiesta, de la danza, de la diversión. «La vie était douce alors. Qué de fêtes et de plaisirs! Que de belles danses comme la pamperruque! A chaque victoire ou chaque traité, tout un cortège de barques pavoisées suivait le feu d'artifice, le vin coulait aux fontaines publiques».

¿Podemos imaginar hoy día aquellos muelles, llenos de mercancías y de hombres descargando y cargando las bodegas de los barcos? Gente que hablan las lenguas de Francia, de Inglaterra, de España, de Holanda. Las lenguas de Gascuña, y de Euskal Herria... Y confundiendo con el murmullo de las voces, con el trajín del trabajo, el perfume de los productos tropicales, el azúcar de caña, el cacao, o el fuerte olor del bacalao, el preciado aceite de ballena, la resina, la miel, la cera de las Landas, el trigo o el vino del Béarn... Cabe imaginar los barcos ascendiendo y descendiendo el curso del estuario con sus vientres repletos, las velas en trance de izarse o arriarse. Blancas velas de la antigua marina... Contemplando hoy día en cualquier tarde apacible los muelles del Nive es difícil poblarlos ni siquiera con la imaginación del hervidero de voces y de gestos, del amontonamiento de las mercancías, de la vida rica y compleja que aflúa por las dos venas fluviales. Difícil llenar las aguas vacías, de las barcas que descendían el curso del Nive y de los barcos de alto porte que llegaban del mar.

El mar... Más allá del recodo fluvial de Trosscoat, el viejo cauce del río ha desaparecido no dejando más testigos que los lagos de Hossegor y de Mois. Bayona queda así abierta al Atlántico por un camino anchuroso y directo sin otra dificultad que su famosa barra citada en la canción de cuna... Itxasoan laño dago Baionako barreraino. Ancho camino hacia la niebla y las grandes olas oceánicas. Vía de penetración de riqueza y cultura. Pero débase el esplendor de Bayona a su importancia comercial o a su situación de paso entre los dos reinos más importantes de la Europa continental, ¡qué abismo separan estas imágenes dinámicas de las que nos ofrece la lectura de Víctor Hugo! Esas imágenes que se precipitan, se empujan unas a otras en ese proceso condensado del devenir histórico, con la lenta sucesión de las horas del pequeño Víctor. Aquella ciudad que parece envuelta en un sueño. Como si fuera un decorado otoñal (¿no habla de la luz dorada a través de los tilos?), un decorado montado para unos pocos personajes ensimismados. Unos pocos personajes deambulando en una ciudad dormida. Un decorado montado con el solo objeto de llenar de bellas imágenes la mirada de un niño.

Algún tiempo después de haber sido redactadas estas líneas vino a parar a mis manos el número 142 del Bulletin de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne, que está dedicado a publicar la monografía titulada «Histoire de Bayonne des origines à la Revolution Française de 1789», de la que es autor Pierre Hourmat, Presidente de dicha Sociedad. Como creo que esta obra será un verdadero regalo para los que de un modo u otro se sienten vinculados a la ciudad de Bayona, no puedo menos de citarla aquí y darle la bienvenida.

J. A. Machimbarrena Gárate